

Niñez

Alejandra Falcón González

He oído a muchas personas que recuerdan su niñez y que dicen querer ser niños otra vez. Eso, para mí, sería el peor de los castigos que podría darme la vida. En realidad, no es que fuera tan mala mi niñez, más bien no fue buena. ¿Qué podía esperar como la menor de once hermanos en una familia proletaria, con una madre muy estricta? Juana, mi madre, tuvo que trabajar desde los siete años como cocinera y sirvienta en una hacienda en Toluca, y barría en medio del frío aunque los dedos se le congelaran. La dueña no le permitía comer fruta del huerto, ni siquiera la que estaba caída en el piso. Es la mayor de sus hermanos y los adoptó casi como hijos, así que en casa no sólo éramos once hermanos, sino que, además, estaban los abuelos, los tíos y los primos. Mi padre, Fernando, quedó huérfano desde los tres años; mi abuelo murió creyendo que sería ingeniero, igual que él. Le heredó un libro que mi hermana Carmen conserva: *Corazón*, diario de un niño, y su dedicatoria dice: "Que éste sea el primero de muchos libros". Mi padre jamás ha leído un libro y sólo pudo estudiar hasta tercero de primaria; menos mal, porque a Juana su padre no le permitió educarse. Ella aprendió a leer viendo cómo estudiaban los hijos de la patrona. Mi abuelo decía que las mujeres no debían perder el tiempo estudiando. Mi padre es de Guerrero, fue campesino mucho tiempo, hasta que se vino a vivir a la ciudad. Cuando yo era niña, él trabajaba en la fábrica de pólvora y armamento de guerra, donde aprendió albañilería en el departamento de mantenimiento, pues decía: "¡Qué chingados voy a hacer si me corren. No voy a ir a hacer granadas a la calle!" Por cierto, todavía tengo una granadita de llavero que hizo él.

Por la misma razón estudiábamos en la primaria para hijos de los obreros de la fábrica de pólvora. Ahora ya está abierta al público en general, pero en nuestra época todos nuestros padres

trabajaban en la fábrica, y cuando llegaba a oírse una explosión, todos chillábamos por nuestros papitos. A un chico sí se le despedazó el padre con nitroglicerina.

En casa nada de creer en Reyes Magos, mi padre odiaba eso. Decía que era para los ricos, y siempre nos explicó que no existían. Nos daba el regalo que le daban en la fábrica, por lo general eran juguetes sencillos, pero bonitos. Cada 6 de enero, los hermanos mayores nos decían a Claudia y a mí: “Ya están muy grandes, así que a padre le dieron despensa. Párense por sus paquetes de arroz y frijoles”, pero sí había juguetes. Cada año, Claudia y yo llorábamos y nos peleábamos con ellos. Aun así, no sé por qué, yo seguía haciendo mi carta a los Reyes Magos.

Gracias a mis hermanas mayores, Carmen y Cristina, que me contaban cuentos e historias, pude refugiarme en la literatura fantástica, en la que todo se valía: volar, viajar en sueños, conocer lugares hermosos y lejanos. Yo tenía un pequeño cuaderno al cual le dibujé una niña leyendo en la portada y en él escribía poesía; se la daba a leer a mi amiga Abigail: “De grande voy a ser escritora”, le decía muy segura. El sueño duró hasta que mi cuadernillo fue descubierto por mis burlonas hermanas. Aprendí que en mi familia no podía hacerme ilusiones, por pequeñas que fueran. De no haber sido por mi hermana Carmen, que fue como mi madre sustituta, mi vida habría sido en verdad una pena.

No puedo decir que estuviera bajo el yugo de once hermanos, porque Berta, la mayor, esperó a tener dieciocho años para casarse porque mis padres no le daban permiso. Ella se casó en octubre y yo nací en noviembre. Pero con Leticia y Claudia me bastó y me sobró. Lety es mayor que yo por seis años, y Claudia por tres, así que no podía jugar con ellas por la diferencia de edad. Para colmo, en una familia tan grande, donde una madre y un padre no bastan, creces más rápido. A pesar de estar rodeada de hermanos, no podía jugar con nadie. Entonces hablaba con mi amiga del espejo; era tan chica como yo y me comprendía muy

bien, estaba siempre dispuesta y se reía conmigo. Claudia y Leticia me hacían burla.

—Mírala, se cree muy hermosa y se ve todo el día en el espejo. Niña mongola, eres una Down, mi madre te tuvo a los cuarenta años y naciste enferma.

—Estás horrible, tonta. ¿Por qué te gusta mirarte en el espejo? Además estás bien gordota, te pareces a la señora Antonia que viene a platicar con mi mamá.

Por supuesto, hablar con ese par era completamente imposible. Yo enfurecía y ellas se pitorreaban de mí mientras más me enojaba y lloraba. Entonces intentaba golpearlas, situación que causaba más risa a mis hermanas y frustración para mí. Me ponía a destender las camas y, cuando los hermanos mayores veían eso, me regañaban y me llamaban loca. Para acabarla, mi voz era gruesa y ronca como la de mi abuelita Carmen, la madre de Juana, y me imitaban haciendo muy grave su voz. No sé a qué se debió, pero, conforme comencé a crecer, mi voz se hizo chillona, casi como una flauta soprano.

Cuando entré a la primaria, Claudia estaba en cuarto. Como yo no tenía amigas, iba a buscarla al recreo, pero me lo prohibió: “Mira, mongola, mis amigos me hacen burla cuando vienes, así que no vuelvas a buscarme. Hacen la voz gruesa imitándote y me dicen: ‘Claudia, ahí viene tu hermanita’” —me dijo Claudia engrosando la voz.

Yo apechugué y no fui más a buscarla. Muy pronto hallé amigas, pues, eso sí, siempre he sido muy sociable. Ahora sé que cualquier situación, por extrema que sea, te hace crecer y ampliar tus horizontes.

Cuando mi madre le mandaba: “Hoy nadie puede ir por ustedes. Traes a tu hermana y te esperas en el cruce a que el policía les dé el paso”, Claudia me decía a la hora de la salida: “Mira, simiona inútil, ni pienses que te voy a tomar de la mano. Voy a agarrarte así, del pescuezo, y tú caminas hacia donde yo te dirija, ¿entendido?”

A esto habría que añadir que Claudia siempre fue particularmente diferente de cualquier otra niña, sobre todo de mi época, pues jugaba a las canicas, se trepaba a los árboles, boxeaba muy bien y se golpeaba con niños; no usaba vestidos, corría mucho y era muy rebelde.

De alguna manera me pasó como a los predadores que comienzan a aprender a luchar con sus hermanos. Fue en casa donde comencé a luchar para encontrar un lugar donde se oyera mi voz y forjé un carácter muy fuerte. En el hogar tuve mucha presión para que yo creciera; de inútil no me bajaban todos: "Yo, a tu edad, ya no hacía tal o cual cosa". De hecho, yo también tenía prisa por crecer, pues siempre fui muy rebelde.

No todo eran regaños, también disfrutaba de la casa, pues estaba en construcción y tenía muchos recovecos, maderas, tabiques y plantas, que para mí eran la jungla. Podía perderme entre las maderas o armar mi casita para jugar. Especialmente me gustaba hacerme un refugio abajo del tinaco del agua cuando llovía; me enseñó a hacerlo mi hermana Leticia. Exploté mi instinto maternal con mis muñecas. Me despertaba a media noche con angustia, pensando que tal vez tendrían frío y las tapaba. La palabra angustia me recuerda mucho mi niñez, la relaciono demasiado con esa parte de mi vida porque, además de odiar a mis hermanos, odiaba inconmensurablemente la escuela. En verdad estaba convencida de que allí no se aprendía nada más que trivialidades aburridísimas. Hacer la tarea me resultaba una pérdida de tiempo, siempre tuve muchas amigas lindas, pero también tuve que lidiar con los clásicos cafres facinerosos que acosan, molestan y ponen apodos; menos mal que contaba con una regla de fierro que fungía como mi espada; aun así, siempre he sido muy pequeña y tuve que aprender a defenderme con la boca. Comencé a decir en la primaria las peores leperadas que pudiera decir un ser humano, cosa que disfrutaba sobremanera, ya que Juana en casa no nos dejaba decir ni tonto. Un día se me ocurrió silbar y me dijo: "No eres arriero; silbar es para varones".

Otra cosa hermosa que recuerdo de mi niñez son mis amigas, realmente divertidas: Paty, que estuvo conmigo los tres primeros años de primaria, se fue a vivir a Chihuahua, y nos escribíamos unas cartas muy lindas, que no me permití guardar, pues, pensando que eran cursis, las tiré en mi adolescencia. Ahora daría casi lo que fuera por tenerlas y leerlas. Después, un año estuve con Mary, que inventaba palabras, era precoz, tenía fijación con el sexo y, en vez de libidinoso, decía “vertiginoso”: “Ése es un maldito viejo ‘vertiginoso’, aléjate de él, pues hasta se agacha para verte los calzones”.

Mary tenía un novio que, por cierto, era mi vecino de enfrente. Le decían ñoño y, cuando rompieron, tuvieron que regresarse todo lo que se habían regalado. Ella venía a mi casa para espiarlo. Me enseñó una botella de perfume vacía y me dijo: “Me acabé el perfume, pero voy a rellenárselo con algo al ñañaras ese”. A mí me dio un ataque de risa semejante idea y ese pleito tan ridículo entre ellos dos. Sólo estuvo un año conmigo, pues su madre se casó y se fueron a vivir a otro lado. Entonces llegaron Abigail, Aidé y Marisol. Abigail robaba tortas, yo nunca he servido para robar, y madre hubiera sido capaz de cortarme la mano si se enteraba de que lo hacía, al menos eso pensaba yo, pero sí le echaba aguas. Un día un niño lamió su torta enfrente de todo el salón para que no se la robaran, y surtió efecto, pues fue realmente asqueroso. Marisol era muy alta y delgada, le decían Vitola, y bailaba con globos en las pompas y en las bubis subida en una banca. Cuando había simulacros de sismo, sacaba un seguro para pinchar a los demás niños —ahora sí me voy a chingar a estos hijos de la chingada— y les daba piquetes clandestinamente, además de que siempre estaba diciendo chistosadas a media clase (aunque no creo que para la profesora fuese tan chistoso). No puedo recordar a mis amigas sin reírme. En realidad, de no haber sido por ellas no me hubiera reído tanto, ni la hubiera pasado bien siquiera. Yo no hacía tantas travesuras, no me atrevía por la educación estricta a la que me sometieron mis padres, pero sí colaboraba y festejaba las de mis

amigas. Lloraba por casi todo, y lo sigo haciendo —y que, por cierto lo detesto—: lloro si me enojo mucho, si me pongo triste, si no logro algo, si me siento con nostalgia, etcétera. Después de mucho tiempo nos volvimos a ver y resulta que ahora son serias, ya son madres, y yo soy la extravertida y la traviesa, en verdad que todo se pone de cabeza.

Gracias a mis simpáticos hermanos, sabía cómo defenderme en la escuela. De hecho, aprendí a ser muy cruel por todo lo que asimilé en casa. La única manera de deshacerme de sus burlas fue mediante peleas y gritos, además de convertirme en una persona sarcástica, aunque creo que se me pasó un poquito la mano. El alumno supera al maestro. Recuerdo que le gustaba mucho a un niño que se recargaba con sus dos brazos en la banca para mirarme cómodamente. Esto me enfurecía sobremanera. Me decía que era muy bonita, y un día se le ocurrió mandarme un beso. Furibunda, me paré y fui hasta su sitio:

—No vuelvas a decir que te gusto.

—Pero me gustas.

—¿Y eso qué? —lo dije verdaderamente molesta—. Ya sé que te gusto, pero no lo digas, y menos me envíes besos ¿estamos? Me avergüenzas, no me mires, te lo prohíbo, me das asco —y me fui a sentar a mi banca.

Óscar se llamaba este niño; qué maldición gustarle a él. Sucedió que un día, en plena clase, a Óscar se le cayó la pluma. Cuando se agachó para recogerla, se le salió un sonoro pedo. Para rematar, reinaba un silencio sepulcral. Mi amiga Mary corrió a la puerta y comenzó a abanicar el salón. Las carcajadas retumbaron al unísono, hasta que la profesora nos calló a todos.

—A ver, niños, dejen de burlarse de su compañero; es algo normal.

—¿El pedo, maestra? ¡Pero qué asco!

—¡Silencio! —tuvo que gritar la profesora—. El cuerpo humano es como una fábrica de productos químicos —y se desató en tremenda perorata para ilustrarnos.

Sí, pero yo no podía ser la pretendida del pedorro, no yo, ¿por qué la vida era así de cruel conmigo? En realidad, no sólo conmigo, también con Óscar, aunque años después, cuando ya iba a la prepa, me lo encontré en una tienda y se había puesto muy galán.

—Hola, Óscar —corrí a saludarlo, pues se veía muy bien.

—Hola, Alejandra —me sonrió, pero muy serio, se volteó y se fue.

¡Santo cielo!, cómo da vueltas la vida y todo se pone de cabeza. Me refugié en los libros porque mi aversión por la escuela no cambió nunca, y mi suerte con los chicos fue terrible hasta llegar a la universidad, donde tuve mi primer amor, un amor en verdad maravilloso, aunque se convirtió en tragedia muy pronto.

Ahora sé que yo no era la persona más extraña del mundo, como mi familia me hizo pensar. Me ha costado un poco de trabajo descubrir mis virtudes y aceptar mis defectos. Sé que la juventud sin rebeldía es una vejez prematura, y no me he cansado de darle gracias a la divinidad por haberme hecho nacer en el siglo xx, porque de vivir en la época de la Inquisición, todavía olerían mis cenizas.

Me dedico a pintar. Estudié artes visuales y esto fue el parteaguas para añadirle a mi carácter, fuerte y extravagante, la locura. Ya no sólo era gritona, intransigente y bocona, sino además loca, fuera de la realidad, “la consientes demasiado, madre; nosotros trabajamos desde muy jóvenes, es una floja”, decían algunos de mis hermanos. Mi madre me suplicaba que escogiera otra carrera, pues el arte es para ricos y de eso no se puede comer. Esas palabras me causaron angustia durante mucho tiempo y comencé a sentirme como una persona en verdad desubicada e inconsciente. Las súplicas de mi madre eran tan convincentes que llegué a dudar de mi propia cordura. “¿Acaso mi frágil mente ha sucumbido a la demencia?”, me preguntaba. Entonces me puse a trabajar y dejé por casi siete años la pintura. Me ha costado treinta y tres años llegar a ser yo misma. Debido a una fuerte melancolía que

me hundió en la peor de las depresiones, fui a parar al psicólogo, donde descubrí que pintar, leer y escribir eran las cosas más hermosas y que más valían la pena en mi vida; dejarlas u olvidarlas no era un acto de cordura, sino de cobardía. He perdonado todo lo que tiene que ser perdonado a mi paso y pido perdón a todos, como Cesare Pavese, pero yo no voy a suicidarme. Al contrario, regreso de mi suicidio de nuevo a la vida, sonriendo, llorando a veces. No puedo ni quiero evitarlo. Espero que a alguien pueda serle útil mi historia. Hay que correr riesgos en la vida, aunque esto implique a veces error.